

Tres grandes costistas (*nota necrológica*)

POR

ELOY FERNÁNDEZ CLEMENTE*

El año 2007 ha sido aciago para el costismo. En apenas tres meses, desaparecieron tres figuras fundamentales especialmente dedicadas al estudio, el cuidado y conservación de los fondos, la divulgación y defensa de la obra y el pensamiento de Joaquín Costa. Su ayuda, siempre generosa, su estímulo y ejemplo, su presencia y constancia en esas tareas nos han servido de ánimo y apoyo a cuantos, en las últimas décadas, nos hemos acercado a ellos.

JOSÉ MARÍA AUSET VIÑAS

El 20 de febrero fallecía José María Auset en Graus (Huesca), la villa donde siempre vivió, a los 94 años de edad. Había nacido allí mismo, en 1912. Nieto de Martina, hermana del gran polígrafo, sus padres fueron Carmen Viñas Costa y el empresario de ebanistería Ramón Auset, que tras la muerte de Costa mantuvo intactos su despacho, los documentos y otras huellas del gran pensador. José María continuaría esa labor —y también la dirección de la empresa familiar— durante casi setenta años. No hemos de enfatizar, para lectores conocedores de ese rincón frente al Ésera, lo que esto ha significado, al conservar miles de documentos y legajos perfectamente clasificados y ordenados. Personalmente, hemos sido siempre objeto de la más deferente y afectuosa recepción, compañía, sugerencias y ayudas. Y también del gozo de escucharle, por la riqueza de su vocabulario e ideas, la rotundidad y claridad de estas, el espíritu profundamente democrático siempre.

Como recordaría el corresponsal en Aragón del diario *El Mundo* Javier Ortega, “Auset puso especial interés en conservar el aspecto original de la casa y el archivo de su tío abuelo. Está todo igual: una mesa de pino grande, una mecedora sin brazos donde se sentaba, una estantería corriente de madera, el suelo de yeso, un retrato, algunas fotografías clavadas en la pared. Todo muy humilde como era el propio Costa, pues ‘nació pobre, vivió pobre y murió pobre’, según recordó en una ocasión Auset. ‘Soy costista hasta la médula y no solo por cuestiones de sangre’, añadió. Conocía al dedillo su biografía. Él mismo se encargaba de enseñar a los escolares el

* Universidad de Zaragoza.

archivo y facilitaba su estudio a los numerosos investigadores que han pasado durante años por el despacho de Costa”.

Por su parte, Carlos Bravo recordaría en el *Diario del Altoaragón* su artículo en el número 7 de estos ANALES DE LA FUNDACIÓN JOAQUÍN COSTA (1990), donde Auset “afirma con absoluto acierto que en los estudios sobre Costa se observan dos épocas bien diferenciadas: la anterior a Cheyne, en la que, salvo alguna excepción, muchos de los trabajos que a él se dedicaron contribuyeron más que a otra cosa a crear confusión sobre su figura; y la época posterior a los estudios del inglés, quien sentó las bases para un análisis más objetivo, riguroso y sistemático tanto de la vida como de la obra del ilustre polígrafo”. Y recuerda su amabilidad, las informaciones que le facilitó y los libros que le prestó: “A sus más de noventa años sorprende la lucidez de su conversación y la claridad de sus recuerdos y opiniones”.

También en *El Ribagorzano* se le recordó cumplidamente, y a esa revista, que sigue en su tercera etapa, la que se fundara bajo la inspiración del propio Costa, remitimos para ampliar datos y recuerdos de tan querido amigo y benefactor. Enviamos por esta nota el sentido pésame de cuantos trabajamos sobre su egregio antepasado a su viuda, hijo y nietos.

JOAQUÍN ORTEGA COSTA

El 6 de marzo de 2007 fallecía en su casa de Madrid Joaquín Ortega Costa, hijo de Pilar Costa Palacín y nieto, por lo tanto, de Joaquín Costa. Había nacido en Barcelona en 1914 y, tras graduarse en Ingeniería Industrial (1936) y como ingeniero geógrafo (1940), trabajó toda su vida al servicio del Ministerio de Industria, donde fue subdirector general de Energía Nuclear (1968) y de Planificación Energética (1970). A la vez desarrolló una larga carrera académica como profesor de la Escuela Superior de Ingenieros Industriales de Barcelona.

A mediados de los cincuenta, tras asistir en Ginebra a la I Conferencia sobre Energía Nuclear (asunto sobre el que impartía algunas clases), convenció a la Escuela para que se crease la cátedra de Energía Nuclear Fernando Tallada (1955-1962) para la formación de ingenieros, que dirigió. Su programa estaba esbozado en la crónica de ese decisivo viaje: “Síntesis crítica de la Conferencia Internacional de Ginebra sobre las aplicaciones pacíficas de la energía nuclear”, *Acero y Energía*, 71 (1955), pp. 39-43. Pocos años después, en 1969, obtuvo la cátedra de Tecnología Nuclear, asunto central en su biografía científica y profesional.

En 2001, la entonces presidenta del Consejo de Seguridad Nuclear, la ingeniera industrial oscense María Teresa Estevan Bolea, afirmó en *El País*: “en la Dirección General de Energía, aprendí una barbaridad entre 1968 y 1975. Trabajé mucho con un nieto de Joaquín Costa, Joaquín Ortega Costa, para mí quien más ha sabido y sabe de

energía en España. Fue un privilegio trabajar con él”. En esa etapa fue cuando se autorizaron todas las centrales nucleares, desde las de primera generación a las de tercera, y ambos estuvieron en el nacimiento de todas. En otra ocasión, respondiendo al Foro de Recursos Humanos añadiría que de quien más había aprendido fue “de Joaquín Ortega Costa, un nieto de Joaquín Costa, ingeniero excepcional del Ministerio de Industria y subdirector de Planificación Energética. Todos los conocimientos de mis cimientos de energía se los debo a él”.

A comienzos de 1978 debatió con los duros opositores antinucleares de Ascó presidiendo el Comité de Coordinación del Ministerio de Industria y Energía que coordinaba a representantes de la Administración, de la Junta de Energía Nuclear, de las empresas promotoras y de los pueblos afectados. Más adelante presidiría, en 1983, el Consejo Superior del Ministerio de Industria y Energía.

Entre sus publicaciones destacan, además de la citada su aportación a las *Actas de la Segunda Conferencia de Ginebra: Neutron Conductors*, Londres, Pergamon Press, y los estudios sobre *Neutrodinámica de reactores*, 1957; *Cálculo de hogares nucleares*, Madrid, 1958; *La energía nuclear y el problema eléctrico español*, 1958; *Análisis comparativo de los costes de explotación de centrales nucleares*, 1959; *Respuesta a la crisis energética*, 1977; “Análisis comparativo de los costes de la producción eléctrica obtenida con carbón y energía nuclear”, Premio Nuclear España en 1985, trabajo realizado con María Teresa Estevan Bolea y Antonio Colino; la dirección, con Juan Díez Nicolás, de *Energía, Medio Ambiente y Sociedad*, 1999.

Como nieto de Costa, estaba orgulloso de ello y a la vez respetuosamente distante (siempre le llamaba *Costa*, no *mi abuelo*), sorprendiendo a cuantos le veían por primera vez el gran parecido que tenía con aquel, incluso, ay, en la enfermedad y hasta en el carácter, fuerte, enérgico, un poco cascarrabias. En 1985, al año siguiente del importante encuentro organizado en Huesca por el Ministerio de Cultura y la Diputación General de Aragón, varios de los nietos, con Antonio al frente y Joaquín siempre a su lado, crearon la Fundación que Joaquín dirigiría tras la muerte de Antonio, desde 2001, contribuyendo notablemente a reactivar sus interesantes monografías y estudios y encantado de la acogida que, en su seno, dio a la Fundación Joaquín Costa el Instituto de Estudios Altoaragoneses.

Para ampliar la perspectiva personal e ideológica de nuestro llorado amigo, véase mi artículo “Joaquín Ortega Costa: historia y anécdota con un nieto de Joaquín Costa”, *Rolde*, 77-78, 1996, pp. 4-8.

ALFONSO ZAPATER GIL

Si la relación con José María Auset y Joaquín Ortega Costa fue de gran amistad respetuosa, la que me unió con el periodista y escritor Alfonso Zapater Gil (Albalate del Arzobispo, 1932) fue más íntima y cercana. Trabajador incansable y personaje

singular, admirable, su muerte por un infarto el 30 de mayo de 2007 en Zaragoza sorprendió y apenó a muchos amigos y lectores. Temprano aficionado a los toros, había participado en más de treinta novilladas; jotero como su célebre abuelo; autor teatral que fundaría el teatro de cámara y ensayo El Corral de la Pacheca, en Madrid, estrenando dos obras (*La chabola* y *Noche de pesadilla*); guionista para radio SEU; poeta que publicó cuatro libros: *Tristezas*, *Dulce sueño eterno*, *Julio* y *Ramillete* (1954-1956).

Al regresar a Aragón dirigió en Zaragoza un aula de teatro y optó por el periodismo: trabajó en *Amanecer* y Radio Juventud, como corresponsal de Europa Press, en *Pueblo* (edición aragonesa) y, ya para siempre, desde 1966, en *Heraldo de Aragón*, donde, tras haber realizado todo tipo de reportajes, crónicas y entrevistas. Incluso tras su jubilación siguió publicando una columna diaria y breves capítulos de memorias los domingos.

Hombre laborioso, acogedor de toda petición o propuesta, publicó de modo incansable sobre las gentes sencillas, con especial atención a las tareas de los aragoneses por todo el mundo y, sobre todo, en su Venezuela casi adoptiva, país con el que mantuvo una intensa relación de la que surgió su *Venezuela, paso a paso* (1970).

Como si todos los géneros le demandasen y esperasen su participación, realizó grandes crónicas sociopolíticas, como *Aragón, ruta de la sed* (1975), con prólogo de Ramón J. Sender; obtuvo en 1976 el Premio San Jorge de poesía por *Hombre de tierra*, y se inició en la novela con *El hombre y el toro* (1976, Premio Padre Llanas), para continuar con textos de éxito crítico como *El pueblo que se vendió* (1978, Premio Ciudad de Barbastro) y *Siembra* (1978, Premio San Jorge), a los que seguirían *Viajando con Alirio* (1980, Premio Ciudad de Jaca) y *El accidente* (1982, finalista del Premio Nadal). En *Los sublevados* (1984), novela y reconstruye el célebre episodio encabezado por Galán y García Hernández en Jaca en 1930. Otras obras suyas son *La ciudad infinita* (1992), *Yo falsifiqué el Guernica* (1995), *Tuerto Catachán* (1998), sobre su abuelo, y *Don Quijote en Aragón* (2005).

Nunca abandonó su estro poético, que renace en *Afirmación del ser* (1992). Tampoco olvidó su afición de autor teatral de los años mozos: estrenó en los de madurez los títulos *Yo traigo la luz*, *Se fue al amanecer*, *El farol*, *Crónica del Compromiso* (de Caspe), *Aragón para todos* (poema dramático sobre los problemas sociales y culturales aragoneses) y *Resurrección y vida de Joaquín Costa*, estos últimos representados por La Taguara (que dirigió su mujer, la gran actriz Pilar Delgado) en muchas localidades aragonesas y grabados para la televisión.

Abriendo la gran puerta de la divulgación de la figura y obra de Costa, puede afirmarse que *Resurrección...*, de Alfonso Zapater, ha sido el más importante esfuerzo (secundado recientemente por un texto menor pero muy vigoroso de Alfredo Castellón) por divulgar la figura de nuestro gran polígrafo altoaragonés. Fruto de

su pasión costista fueron también el libro *Desde este Sinaí (Costa en su despacho de Graus)* (1974), palimpsesto de muchas de sus ideas y otros textos añadidos, a modo de evocaciones finales del genio próximo a morir; la novelación *El regreso de Moisés: memorias apócrifas de Joaquín Costa* (2000), audaz pero respetuosa con las líneas maestras de su vida y pensamiento, y la biografía *Joaquín Costa* (Delsan, 2005), en que abordó con desenfado la vida privada del prócer, incluyendo el personaje de su hija.

En fin, llevó a cabo ingentes trabajos recopilatorios —como su especial colaboración en la *Gran enciclopedia aragonesa* (1980-1983) y la edición de las monumentales *Esta tierra nuestra* (1981-1986, 6 tomos), *Aragón pueblo a pueblo* (en 12, introducida por Camilo José Cela, con quien mantuvo una buena amistad), *Historia de la jota aragonesa* (1988)— o biográficos —*Juan Carlos, hombre* (1990), *José Iranzo, el pastor de Andorra* (1993), que desarrollaría en una *Historia de la jota*; lo mismo ocurriría con *Braulio Lausín “Gitanillo de Riela”, un león en los ruedos* (1998), ese mismo año acompañada por otra gran *summa* en 3 tomos: *Tauromaquia aragonesa* (1998)—. Su nombre figura también al frente de la obra *Líderes de Aragón, siglo xx*, que se sumaría a sus tres docenas de libros de novela, poesía, teatro, crónicas y reportajes.

Como escribiría en su *blog* Antón Castro, Alfonso fue “un apasionado de la jota, del toreo, de la historia, de casi todo, un periodista de casi todo y un buen narrador. Un testigo versátil de la existencia, del amor, de la historia y de sus quimeras. Ayer, Raúl Lahoz [...] me dijo que su funeral había sido uno de los acontecimientos más sorprendentes y pintorescos a los que había asistido en mucho tiempo. Me dijo que Juan Antonio Gracia [...] había pronunciado un impecable discurso, preciso en su retrato y emotivo, y que habían asistido joteros, periodistas, gentes de la noche, tomeros y maletillas, asociaciones, amigos, artistas”.